

LA LENGUA CASTELLANA Y SU EVOLUCIÓN EN EL DISCURSO DE INGRESO EN LA R.A.E. DE JOSÉ MUSSO Y VALIENTE Y SUS PRINCIPIOS DE CRÍTICA LITERARIA

Entre los escritos de José Musso Valiente destacamos sus aportaciones a la Filología. Vamos, pues, a ocuparnos, siguiendo nuestra actual línea de investigación, primeramente de sus opiniones sobre la lengua castellana y su evolución o sobre la «influencia del carácter de las naciones en la formación de las lenguas y de éstas en los que las hablan», frase con la que resumían sus contemporáneos su *Discurso de acción de gracias leído en la Real Academia Española al tiempo de tomar posesión de la plaza de Honorario*, y seguidamente en analizar parte de su activi-



José Musso Valiente según dibujo de José de la Revilla (1829).

dad como crítico literario. Uno y otro aspecto tienen carácter de inédito ya que el discurso sólo se encuentra en las actas de la R.A.E. y lo concerniente a sus análisis críticos permanece manuscrito en la Biblioteca de Menéndez Pelayo en Santander. El discurso se transcribe completo, al igual que algunos modelos de sus críticas, guiados sólo por el interés de aumentar el número de originales de Musso que puedan ser conocidos por el gran público.⁽¹⁾

EL DISCURSO

«E. S.

El honor que esta Real Academia acaba de dispensarme, admitiéndome en su seno en la clase de Honorario, es para mí una nueva prueba de que si es grande su celo de la conservación de nuestro precioso idioma, no es menor la indulgencia con que disimula la cortedad de las luces por atender a los buenos deseos de quien se dedica a cultivarle. No es ahora la primera vez que he tenido que agradecer favores de este sabio cuerpo; mas el que en la actualidad reconozco, lisonjea tanto mi corazón cuanto que por él me veo asociado a quienes, trabajando de continuo con el mayor esmero en dar a conocer la lengua castellana, reciben a un tiempo, en los aplausos de nacionales y extranjeros, la gloriosa recompensa de sus tareas y un claro testimonio de su acierto y de

¹ Desde nuestro punto de vista, sería hasta más fácil hacer una serie de comentarios sobre qué quiere decir Musso en su discurso, analizar influencias o bibliografía que estudió, pero nunca se conocería el texto por lo que se hablaría, una vez más, de *bibliografía pasiva*, o sea, texto nunca leído por el público en general ni a él tendrían acceso los estudiosos o teóricos de la lengua.

su sabiduría. ¿Qué podrá mi débil talento(2) añadir a los esfuerzos de aquellos que, habiendo ya examinado profundamente el idioma patrio, nada dejan que desear aun a hombres de capacidad superior a la mía? Pero si el auxilio que esté en mi mano dar a sus investigaciones será bien pequeño, el que me proporcione la ilustre compañía de tan dignos individuos para comprenderla con exactitud y descifrar en alguna manera los primores de la lengua, confieso que será muy considerable. Procurando, pues, aprovecharme del rico manantial que me ofrece la Academia, en la aplicación de mis escasas fuerzas para que continúe aquel siguiendo el debido curso, habré cumplido con la obligación que se me impone; en el anuncio de la satisfacción que desde este puesto me cabe, por la ventaja que a mí mismo me resultará, demuestro, del modo que está a mis alcances, mi agradecimiento a la misma.

¿Pues qué?, dirá alguno del vulgar, ¿tan difícil es aprender lo que yo sé desde mis primeros años? Cuando bastan pocos meses(3), replicarán otros que no se tengan por vulgo, para entender y usar un idioma extraño, ¿tanto habrá que superar para poseer el que mamamos con la leche? Opine cada uno como guste; en mi juicio, tal estudio así como debe ser el cimiento así también el término de todo estudio dilatado, profundo, difícil, a veces árido, a veces ameno, siempre muy propio del hombre, porque viene a ser el de sus mismos pensamientos, el de sí mismo. ¿Y qué? Siendo las lenguas la expresión de nuestras ideas, las ideas efecto de las necesidades que nos obligan a pensar, las necesidades unas mismas en quienes corresponden a una misma especie, ¿será también indiferente el cultivo de una u otra entre aquellas? Así discurriríamos si, mirando sólo a este principio, creyésemos que sólo se diferencian en los sonidos materiales. Pero no habrá ninguno tan rebelde a la sana razón que, si con detención compara dos o más de ellas, no eche de ver que

cada una tiene un genio particular, una índole propia, que la distingue de todas las demás. Así que, no siendo suficiente examinar las reglas que las abrazan en común y que constituyen lo que se llama gramática general, será necesario que se aplique a conocer la que particularmente la caracteriza, el que intente adquirir completa noticia de alguna. Adelantará no poco el que así lo haga si tratare de averiguar las causas que han producido este fenómeno, muchas, a la verdad, y complicadas, sobre todo en los idiomas que vienen derivándose de otros. Permítame, pues, la Academia, hacer algunas sencillas observaciones sobre una de las que tienen más notable y acaso la principal parte en la formación, progreso y aun decadencia de los idiomas, a saber, los acaecimientos políticos de las naciones.(4) Las vicisitudes pues a que están expuestas las sociedades civiles influyen de tal suerte sobre las lenguas de las mismas que les imprimen como un sello, por donde se deduce el daño a quien pertenecen; un carácter que sujetando el de los escritores, los uniforman hasta cierto punto y los separa aún más que su propio ingenio y quizás de los extraños. Notándolo, pues, ligeramente en algunas de los antiguas, después de apuntar en qué consiste la semejanza y desemejanza de los idiomas, extendiéndome luego más en lo que pertenece al nuestro y pasando enseguida a hacer alguna y breve insinuación sobre el influjo de estos en los escritores. Materia es sin duda espinosa y delicada, que requiere pluma más diestra que la mía; pero no siendo en modo alguno desconocido de la Academia, la sabiduría de ésta suplirá con facilidad lo mucho que falte a las mezquinas indicaciones que yo hiciese.

Si todas las lenguas se parecen en algo, si todas también se diferencian entre sí, podríamos, ante todo, preguntar: ¿en qué se parecen? ¿en qué se diferencian? Dar nombres a los objetos, distinguir en ellos el género y el número, calificarlos, notar el modo de ser, o de obrar, expresar los términos de las relaciones, mostrar la conexión de las ideas según sus diversos aspectos, son cosas tan inherentes a la capacidad de pensar que ni carece, ni carecer puede lengua alguna de las vo-

² Tópico de la falsa modestia.

³ Saavedra Fajardo (1584-1648), en su *República literaria* (1967, 50), para explicar «la multitud de las reglas y preceptos» de la gramática, reducidos en lo posible en la del *Brocense*, escribe: «y pregunté a Marco Varrón que por qué se perdía tanto tiempo en sólo enseñar una lengua que, sin preceptos, con el uso y ejercicio se podría aprender en cuatro meses, como se aprenden las demás».

⁴ «... desde que el mundo está dividido en imperios, el introducirse una lengua en un país depende más de las circunstancias políticas que de las naturales» (Eximeno, 1978, 195).

ces que lo signifiquen. La mutua dependencia de las ideas establece una relación tan estrecha entre las palabras, que por esta razón tampoco se encontrará ninguna lengua sin concordancia ni régimen, ni variará de una a otra las reglas fundamentales que los determinen. Pero lejos de bastar esto para componer una lengua, necesita al contrario recibir tales modificaciones, adquirir tales maneras de decir cuantos sean los semblantes que puedan tomar nuestros pensamientos, cuanta sea la facilidad con que se conciba, la viveza con que se imagine, la profundidad con que se discurra, la vehemencia con que se sienta. Todas aquellas particularidades debe sin duda saber el que pretenda hablar o escribir una lengua, no contentándose con las primeras nociones, bien así como el escultor, después de conocer las partes del cuerpo humano y sus diversas proporciones y enlaces, estudia las alteraciones que en su diversa posición sufren y pueden sufrir para dar a sus estatuas movimiento y alma. A fin de aclarar más lo que decimos, ¿no es cierto, por ejemplo, que para significar relaciones de una misma idea, podemos hacerlo o variando en la voz fundamental uno o más sonidos, como los antiguos, o formando una frase, como los modernos? ¿no podremos extender la significación de una palabra para darle una nueva acepción o, en su lugar, inventar otra? No dependiendo, al parecer, los géneros más que de la naturaleza de los mismos objetos, ¿no vemos que sólo los ingleses la han seguido en esta distinción; que los antiguos trasladan del masculino y femenino a las cosas inanimadas y el neutro a los animales; que los franceses, los italianos y los españoles han desterrado el último de sus sustantivos? Que se considere en los nombres y epítetos de las cosas el tamaño y esto de diversos modos lo testifican los antiguos y, entre los modernos, los italianos y los españoles. ¿Qué de modificaciones experimentan los verbos! Omitiendo otras, diré, en gracia de nuestra lengua, que podemos anunciar simplemente la acción o también su permanencia, su continuación, su necesidad, y ésta de tres suertes, y en cada una de ellas la de que permanezca o continúe, de forma que si los ingleses con pura razón cubren la falta de futuro diciendo que sus partículas denotan o la necesidad o la voluntad de hacer, a nosotros, por medio de una fraseología particular, nos es permitido indicar ciertos tiempos de doce maneras diferentes. Y pasando de las pala-

bras a sus construcción, observamos que en la concordancia se atiende al significado, a la terminación, al concepto; que en el régimen, se suprimen voces, se añaden, se alteran, se enlazan. ¿Qué si hablásemos de la varia combinación de los sonos, de los acentos, de la versificación del dialecto poético? No es menester que nos dilatemos más sobre este punto. Digamos, pues, que ésta variedad debe producirla igual en los idiomas y que de ella nacerá o la mayor claridad, o la concisión, o la fuerza, o la delicadeza, o la dulzura, o la energía, u otras prendas que, sobresaliendo más o menos, serán las que principalmente constituirán el verdadero carácter de aquellos.

A la diversidad de talentos y de pasiones humanas debemos referir el primer motivo de esta diferencia. Mas, como sin embargo de que los individuos piensan independientemente unos de otros, es forzoso que para comunicarse sus conceptos se acomode éste a los de aquel y que con el trato y comunicación participe cada uno de las ideas de todos, de aquí el convenio natural en formar un lenguaje que exprese el modo de pensar general de la reunión o compañía. Ciertamente no es posible encontrar hombres fuera de toda sociedad civil, ni sociedad sin leyes, ni leyes sin magistrados, ni magistrados sin gobierno particular. Y, aunque el fin de todas las sociedades es uno mismo siendo muy diversos los caminos por donde a él pueda llegar, han de ser y son en efecto, como todos saben, muy diversas las formas que se les pueden dar. Y como es necesario que en sus actos, además del fin primario, se propongan otro que sirva de medio conveniente para alcanzar aquel, habrá de influir una de un modo, otra de otro, sobre las acciones de sus individuos; los individuos obligados a obrar conforme al impulso que reciban, al mismo blanco dirigirán sus pensamientos; los pensamientos mutuamente comunicados saldrán, por decirlo así, vestidos con el traje acomodado a la situación común de todos. Y, he aquí, S^{or} Excmo., cómo los primeros pasos que da la sociedad para imponerse leyes, son asimismo los que da para inventar el idioma en que ha de explicarse; y cómo la dirección que toma en aquellas, atrae hacia el mismo punto esta primitiva y más preciosa propiedad suya.

Subamos, pues, si de cerca queremos tocarlo, hacia el origen de las naciones; y ya que no se

nos concede sacar de la región del olvido la lengua que interpretó los primeros conceptos del linaje humano, veamos lo que nos descubre una u otra de las poquísimas que han sobrevivido a la pérdida de las demás. En los más remotos tiempos divisamos un pueblo pequeño a la verdad, grosero, ignorante, sin artes, sin industria, separado por su misma ley de lo restante del mundo, sujeto a multitud de ceremonias y formalidades, indómito, rebelde y, a pesar de todo, depositario de las verdades más sublimes que se han revelado al hombre destinado para producir al que había de dictar leyes, y leyes divinas, a toda la tierra. Y oímos a este pueblo hablar un idioma pobre, sencillez, áspero y al mismo tiempo enérgico y revestido de tal elevación y majestad que dudaríamos si quien reveló las sentencias de sus libros inventó también las frases con que se anuncian. De Asia vengamos a Europa. Observemos a otra nación dividida en tantos pueblos independientes cuantas son sus ciudades, dotada de juicio recto, de fantasía amena, de sentimientos nobles, de pasiones ardientes, por rara contradicción del corazón del hombre fiera y humana, altiva y afable, impetuosa y sabia, inconstante y laboriosa. Notaremos que insertó en su mitología los desvaríos de su imaginación; en sus leyes la rectitud y sabiduría de su entendimiento; en sus juegos el arte de ennoblecer lo más vulgar, en sus espectáculos la perfección del ingenio, en sus letras y artes la altura a que puede remontarse el espíritu humano, admiración de cuantos la han conocido o viéndola de cerca u oyéndola de la fama. ¿Qué lengua sería su patrimonio? La más rica, la más armoniosa, la más graciosa, la más flexible, la más variada, la más poética, la más sabia de cuantas hasta ahora se han hablado y quizá de cuantas se hablen en adelante. No porque al principio estuviese enriquecida con tantas dotes; pero como aquella nación privilegiada caminaba incesantemente hacia la perfección, al mismo compás procedía la lengua.

Sabido es que no puede haber ninguna especie de adelantamiento en cosa alguna sin aumento de ideas en los que le promueven y que nuevas ideas reclaman nuevos signos que las representen. Y a la manera que los cuerpos físicos, con la continua y mutua acción, pierden su aspereza y se alisan y pulen, los políticos trabajando sobre sí mismos se desprenden de su rusticidad y dan a sus lenguas

aquella fineza y primor que depende del grado de cultura de quienes las hablan. La civilización entonces abre a una nación las puertas de otra y, al entablar ambas su comercio, el primero y principal género que ponen de manifiesto es el idioma. Estúdiase una a otra, enriquece cada una el suyo, procura adornarle con galas iguales a las del ajeno. Y aun cuando (lo que por desgracia es más común) no tengan otra comunicación que la de las armas, no por eso deja ésta de suministrarles medios para conseguir el mismo fin; y demasiado encendidas con la guerra las pasiones, movidos más violentamente los ánimos, toma la lengua más brío, habla con más vigor, despide acentos que subyugan el alma como los dardos y las lanzas a los enemigos. La vencida suele con la libertad perder la suya⁵, y con el yugo recibir la del contrario, o tal vez las dos se funden y de su mezcla resulta otra nueva que se presenta con faz distinta de las matrices. Así en el vacío de la griega y de otra ya por nosotros desconocida se formó la latina que sí descubre huellas del cuño donde se forjó, mas se precia de ostentar facciones peculiares que anuncian la parvedad senatoria, el ceño del pueblo romano, la mirada propia del griego, la fuerza con que aspiraban a dominar el universo.

Esta lengua hubimos de adoptar cuando doblamos el cuello a la coyunda de la soberbia Roma. Desapareció enteramente la primitiva de nuestros mayores sin dejar más que muy débiles reliquias en algunas palabras o frases que añadió a la latina y de tal modo desapareció que en vano pretendemos averiguar cómo fueron los primeros acentos que indicaron haber en esta región criaturas racionales. La lengua latina usada en los campos tartesios era testigo fiel de que ya habían pasado Sagunto, Numancia, Viriato; de que ya no había caudillos que alentasen a sus compañeros a resistir a las tiranías extranjeras; de que ya no hallaban cántabros que se mataran por no caer en manos de un enemigo despiadado; en suma, de que desde el Tiber hasta las columnas de Hércules era todo un solo imperio cuya capital estaba allende de los Alpes. Habló España en latín hasta

⁵ «Cada una de estas Naciones introdujo su Lengua en los Lugares que dominaron, siendo costumbre de los vencedores querer ser entendidos facilmente; i de los vencidos, aprender la Lengua de los que mandan» (Mayans y Siscar, 1981, 17).

la irrupción de los bárbaros septentrionales quienes en nuestra península, en Italia, en Francia, lo desfiguraron enteramente con sus dialectos tan rústicos y montaraces como ellos. Perdió la lengua sus declinaciones, casi todas sus conjugaciones, su gracia y esplendor; vióse precisada a caminar como con grillos, apoyándose en particular, que a cada paso la embarazaban, que le obligaban a abandonar sus elegantes construcciones que mudaban su giro, que la hacían monótona y fastidiosa; murió en fin la lengua de Cicerón y Virgilio que entre nosotros no había negado sus favores a Quintiliano, a Lucano, a Séneca. No fue en esta parte tanta nuestra desgracia como la de nuestros vecinos, porque, apartados nuestros conquistadores más que los suyos de las otras tribus que venían a asolar, no a poblar lo demás de Europa y, unidos por medio de unas mismas leyes con los antiguos habitantes, fue menor el estrago, y el idioma quedó algo más semejante al materno. Pero, ¿qué semejanza ha de haber entre un cuerpo vivo y un esqueleto? No merecía otro nombre el grosero dialecto que aquí se introdujo⁽⁶⁾ y en tan lastimoso estado debió de permanecer hasta que con la venida de los moros vino también nuevo idioma a remplazarle. Hicieron los árabes lo que siglos antes los romanos, trajeron de Oriente la lengua, la cultivaron, la pulieron, la perfeccionaron, escribieron en ella libros que acreditan su aplicación, su talento, su saber, la sutileza de su ingenio, la pompa de su imaginación. Confinóse a las montañas de Asturias el dialecto latino-gótico, estrechado en el recinto donde se hablaba, y más estrechado todavía por las circunstancias, que todas se oponían a que ensanchase sus límites, ya que no apareciese absolutamente incorrecto y desaliñado.⁽⁷⁾

Pero aquel ardor patriótico, que sacando a los refugiados de sus cuevas los llevó al campo de

⁶ «De la confusión de los dialectos de los bárbaros con el latín se formaron las lenguas que se hablan al presente en Europa» (Eximeno, 1978, 259).

⁷ Parece que Musso habla de un idioma único, exclusivamente el romance. Modernamente se piensa que «abandonados a sus propios recursos, en cada comarca norteña, los hablantes persistieron en sus peculiaridades idiomáticas, alejándose del latín escrito. De tal manera, conforme se consolidan los reinos cristianos, se van configurando los varios romances hispánicos con el aporte, sin duda considerable, de los advenedizos mozárabes» (Alarcos, 1995, 438).

batalla, y de una en otra acción a fundar una nueva Monarquía, que amenazase a la mora, al paso que exaltaba sus ánimos, daba alas a su lenguaje para levantarse del abatimiento en que yacía. Fue Toledo restituida por nuestras armas a sus antiguos dueños, mientras doblaba Valencia la cerviz ante el héroe castellano que más ha pregonado la fama en la edad media; y no mucho después sintió un poeta, cuyo nombre ignoramos, la inspiración de las Musas y cantó sus hazañas. Entonces salió a la luz pública, con el poema del Cid, el romance castellano, romance, esto es, romano; pero romano tan degenerado que más parecía lengua de salvajes que empezaban a hablar que despojos del precioso idioma usado en otro tiempo en la corte de Augusto. En sus sonos duro, en sus construcciones sencillo, en sus términos bárbaro, en sus fauces tosco, lenguaje todavía incierto, sin gracia, sin belleza; osaba sin embargo celebrar hechos gloriosos y mandar a la memoria de los hombres capitanes esforzados, ensayándose para cambiar su miserable traje por rica vestidura. Daba pasos de niño, si bien de niño Hércules, más firmes que tiernos, robustos ya que no elegantes.

Hablábanse en España diferentes idiomas; pero dejando a un lado los dialectos particulares de Galicia y Vizcaya⁽⁸⁾, y considerando solo las lenguas principales de los españoles, podemos decir que contaban en nuestro suelo tres naciones distintas, aunque subdivididas en varios reinos, cada una de los cuales tenía una lengua particular. Los moros, los más civilizados de todos, mejor diríamos los únicos, se explicaban en un idioma que a pesar de sus aspiradas y letras guturales sonaba con fáciles y bellas combinaciones, se adornaba con profusión, manifestaba la lozanía de la naturaleza en clima ardiente y fecundo, traspasaba el fuego de éste a las palabras y frases. Los de la corona de Aragón usaban en general el lemosín⁽⁹⁾, que extraño venía a ser, el provenzal, lengua a quien la galantería, los festines, los tor-

⁸ Aquí se observa que Musso no tenía muy claro qué era dialecto; si habla al principio de lenguas «matrices» de las que se derivan los dialectos por evolución, debería no haber confundido el gallego, no dialecto, sino romance, con el vascuence lengua anterior al latín.

⁹ «La lengua Lemofina fue la Lengua erudita en tiempos paffados» (Mayans y Siscar, 1981, 55), y asegura que los dialectos de la lengua lemosina son el catalán, el valenciano y el mallorquín.

neos, los trovadores, habían dado cierta pulidez, cierta blandura, cierta delicadeza, cierta amenidad, que por no parecer grosera solía pecar de afectada, y por adelgazar el pensamiento penden con sutilezas metafísicas. Los castellanos se expresaban en su romance, embrión de idioma que todavía casi no se había formado, a quien sin embargo reservaba el destino sobrevivir a los otros doce, y aumentando su caudal con el que ambos le proporcionaban, sobrepujarlos en cultura y en grandeza. Es, sin duda alguna, la lengua castellana hija de la latina, pero fue su producción, a modo de lo que fingen del fénix los poetas; nació de sus cenizas y presentó después, aunque también hermoso, diverso semblante. Tomaba del provenzal que era hermano suyo, tomaba del árabe con quien hasta entonces nada había tenido que ver, y a pesar de ello mostraba más afición a tomarlo de éste que de aquel. No era capricho, sino necesidad: del más sabio recibe siempre la ley el más ignorante. Con los sonos guturales, cuyo hábito contrajo, adquirió muchas palabras, muchos modismos, tantos en verdad que casi se arabizó; de modo que a pesar del odio, tenaz, inveterado, y por tantos motivos sostenido entre castellanos y moros, diríamos que llegaron aquellos a pensar y hablar a la manera arábiga. No obstante, vertían estas galas a su modo, aprovechando las ocasiones que se les ofrecían para apropiárselas. Y, cuando en brazos de la fortuna, rendimos ciudades, anadigna la monarquía provisional, o reinos, acrecentaban su poder y su esplendor; conquistaban al mismo tiempo nuevas voces, nuevos idiotismos, nuevas construcciones, nuevos giros, con lo cual el romance iba perdiendo su antigua barbarie y poniéndose en disposición de ser algún día lengua no sólo culta sino envidia de otras que tampoco son bárbaras. De esta manera, en las leyes de Partida, en la escritos del Infante Dⁿ Juan Manuel, en las poesías del monje Berceo, mostró ya tales mejoras, que por ellas se conocía lo que había adelantado y además el rumbo que emprendía para llegar a la perfección. Abrían aquellos escritos el camino que los que les sucediesen habían de seguir, dejando a su cuidado allanarles y hermosearles más y más cada día. La armonía era mayor, el ritmo más perceptible, la frase más correcta y desembarazada, la gracia empezaba a columbrarse, el decoro ya en las primeras obras daba a entender que la dictaba la boca de un Monarca. Notable es que estando el

castellano todavía en la cuna le tomaron a su cargo Reyes y personajes de otra jerarquía, y que cuando se apartaba de su compañía se acogía a los misterios y hechos de la Religión, puesto que el claustro era refugio común en aquellos tiempos y lugar donde más que en los gabinetes se trazaban los planes de campaña. ¿Qué maravilla se hiciese lengua de reyes con que en señorío, pompa y grandeza no puede competir ninguna entre las vivas? Lengua que crecía entre el estruendo de las armas, ¿cuánta robustez debía adquirir? ¿cuánto vigor? Lengua que apenas salida de la niñez daba leyes a los pueblos, ¿cuánta dignidad? Lengua que se complacía en ser cultivada por Infantes y caballeros, ¿cuánta gallardía y soltura? Lengua por último que en los versos ensonaba loores a tí omnipotente, ¿cuánta sublimidad? Tales eran las prendas que se traslucían ya en la lengua que hoy poseemos; veamos qué efectos produjeron en ella los sucesos posteriores.

Borrascoso fue en sus últimos días el reinado de Dⁿ Alonso el Sabio y no menos agitados los que le siguieron, violentas todavía las conmociones de Castilla en tiempo de Dⁿ Juan el II, Príncipe a la verdad poco a propósito para sostener la corona, pero amante de las letras en que él mismo se ejercitaba y que en otros protegía. Mejorábase la lengua en medio de aquellos temporales ásperos y revueltos; la poesía, precursora siempre de la prosa, elevaba el tono, la versificación iba siendo cada día más armoniosa, la aprendida de los árabes se connaturalizaba entre nosotros y se hacía exclusivamente nuestra; la prosa se iba desembarazando de sus trabas, se afinaba en la Corte y aparecía con cierta graciosa sencillez, sólo comparable a la griega. Testigos de esta verdad Juan de Mena, el Marqués de Santillana, Dⁿ Jorge Manrique, Fernán Gómez de Ciudad Real, Alfonso de la Torre, Fernán Pérez de Guzmán.

Para darle la última mano sólo faltaba que se expandiese por nuestro horizonte la luz que estaba ya alumbrando en Italia, que el estudio de los clásicos antiguos avivase el ingenio y consiguiese el gusto, que se empezase a analizar el romance castellano y a fijarse las reglas de su gramática. Esta fortuna, como otras, estaba guardada para los Reyes Católicos. A la sombra de aquellos Augustos Monarcas, pasando las letras de Italia a España, hubo entre nosotros literatos, filólogos,

gramáticos; formábanse escritores, que con la pluma granjeasen tanto lustre, como con la espada granjeaban los esforzados capitanes. ¿Qué extraño era que los varones estudiosos, enamorados de la elegancia y primor de la lengua latina, y reconociendo en la castellana la filiación de la misma, tratasen de hacerla heredera de las joyas de su madre? Era sin duda necesario que cuanto más examinasen el latín, más le admirasen. No pudiendo tampoco resistir el influjo que en su mente ejercían un Cicerón, un Salustio, un Virgilio, se imaginaban vivir quince siglos antes del día en que habían nacido, trocaban hasta sus nombres propios por otros romanos; y, a veces, abandonando el idioma patrio, se acogían al latino, a veces procuraban aplicar los modismos, las construcciones, al régimen de éste al primero, sin reparar en que el uno los desairaba enviándolos a otra región, el otro se burlaba de que quisiesen tratar como a hijo rebelde. No era ciertamente el castellano un dialecto del latín, sino una lengua nueva, que en su origen le tuvo por fundamento, no un edificio antiguo y restaurado, sino otro moderno construido con las ruinas del primero. Debieron pues aquellos ilustres escritores conocer que no decía bien con el ayo español la toga romana, y la hubieran conocido, si años antes hubieran reflexionado que aunque para escribir bien aprovecha mucho el estudio de las lenguas sabias y de sus autores, aprovecha tanto o más el trato cortesano y la atenta observación de la senda que siguen las ideas del público. ¡Qué enorme distancia separaba a la Corte de Augusto de la de Isabel! No precisamente porque corrido años y siglos, que pueden pasar sin ruido, con lento y sosegado curso, sino por las continuas alteraciones y mudanzas que entre tanto había probado la especie humana. Habíase olvidado ya la idolatría aniquilada por la religión cristiana que, habiendo recibido en oriente del mahometismo una herida cruel, recibía otra en occidente con las recientes herejías. Derribado el imperio romano por los bárbaros del norte, habían erigido en su lugar varias Monarquías que, alteradas luego por el feudalismo, consolidadas más adelante a costa de éste, se disponían entonces a luchar entre sí y con el Turco, fundador de otro imperio en Constantinopla. Ocupada y ocho siglos después desocupada España por los sarracenos, veía sin embargo en sí misma señales indelebles de su dominio. Habíanse hecho descubrimientos asombro-

sos en diferentes géneros, honor del entendimiento humano, que preparaban el restablecimiento de las ciencias. Estaban abiertas las puertas de oriente por las cruzadas, las de la India por las navegaciones de los portugueses, las Américas por la atrevida empresa de Colón. Renovadas con más complicadas formas las sociedades civiles, resucitando las letras y las artes, y aumentando sus conocimientos y los medios de gozar cómodamente de la vida, bullían en deseo de saber y de prosperar. Estrechaban mutuamente las relaciones políticas y comerciales las naciones, echando los cimientos de un linaje de derecho público no conocido de sus antepasados. Trastornado pues enteramente el orbe antiguo, era preciso que se hubiesen mudado del todo los usos, las costumbres, las ideas, las lenguas. Los españoles iban a dar a la suya extraordinario vuelo, mas no como quienes en Tarragona habían dedicado las aras en honor del soberano de Roma, sino como quienes altivos y denodados marchaban a apoderarse de la capital del mundo y hacer prisionero a su Príncipe. En aquella primera concurrencia de las potencias europeas, aparecía España como dominadora, y como dominadora había de presentarse igualmente su lengua. Así sucedió. Lo que no habían logrado hombres sabios y profundos, engolfados en los libros, entre tareas literarias, conseguía un militar joven, de imaginación placentera, de gusto delicado, tan amable entre las damas como valiente en campaña. Garcilaso de la Vega¹⁰, muy inferior a aquellos en ciencia, fue entre nosotros el primero que escribió como clásico porque en sus versos era hijo de su siglo y no esclavo de otro ya pasado. Prodigiosamente adelantó entonces el idioma que estaba próximo a subir a su mayor altura. Y, a la verdad, por la naturaleza misma de las cosas, pues también iba a subir a la cumbre la Monarquía.

Así, es digno de observación, que mientras Italia, Flandes, el nuevo mundo, eran oprimidos con el peso de nuestras armas, y mal de su grado confesaban la superioridad de nuestras fuerzas, la lengua castellana por una parte cultivada de los

¹⁰ El elogio a Garcilaso venía de lejos: «Ya en tiempos más cultos, escribió Garcilaso, y con la fuerza de su ingenio y natural, y la comunicación de los extranjeros, puso en un grado muy levantado la poesía» (Saavedra Fajardo, 1967, 48).

doctos admitía voces y frases de las antiguas acomodadas a su índole, por otra en boca de nuestros guerreros paseaba aquellos países prohiendo las locuciones que más le convenían. Durante siglo y medio, periodo de nuestra gloria militar y literaria, fue también suerte particular del idioma que casi no dejaba el santuario sino para salir a campaña, pues apenas se encuentra autor de mérito que no fuese o eclesiástico o militar. Brillaron por una parte los V.V. Avila y Granada, los M.M. León y Márquez, Sigüenza, Mariana, Herrera, Argensola; por otra Mendoza, Moncada, Coloma, Ercilla, Lope de Vega, el inmortal Cervantes. En manos de estos diligentes escritores llegó la lengua a ser, no me atrevo a decir la primera (no quiero que me tengan por arrogante los extranjeros), sí una de las principales entre las vivas, de las más preciosas entre todas.⁽¹¹⁾ La religión continuaba infundiéndole aquella grandeza que la hacía capaz de sublimar hasta el trono de la divinidad; el espíritu militar, aquel brío y desembarazo con que desenredándose de partículas, abreviando e invirtiendo la frase marchaba con la misma bizarría que nuestros tercios y escuadrones, con estas cualidades adquiriría o perfeccionaba otras.⁽¹²⁾ La galantería que entre nosotros predominaba inspiraba aquella urbanidad y cortesanía, gracia que la hacían tan suave y delicada como hermosa y elegante; la franqueza de un pueblo que leal a su Monarca sólo a él obedecía sin reconocer ningún otro yugo, aquel aire festivo y salado que resplandece en el Quijote, la primacía de la nación, aquella soberanía que, cuando insinúa, manda, cuando habla, domina; el fausto que a la Corte proporcionaban las riquezas y vasallaje de tantos reinos, aquella magnificencia que sabe derramarse por todas sus cláusulas para engalanarlas sin superfluidad.

Decir yo ahora en qué consistan las prendas de nuestra lengua sería repetir lo que todos saben; mas, ¿no aparece claro, Excmo. Sr., que si

¹¹ Musso sigue aquí la línea iniciada por el *Diccionario de Autoridades* de la Real Academia: la mejor literatura pertenecía al pasado y no era posible igualar estilo y creación.

¹² La fuerte influencia del estamento clerical impone su presencia cuando la Iglesia utilizaba el latín como lengua oficial, tanto de culto como de derecho.

es sonora, suave, armoniosa, rica, flexible, varia, amena, elegante, grandiosa, magnífica, lo debe más que a otra cosa a los sucesos que han influido en la fortuna de la Nación? Uno mismo era el idioma de España, Italia y Francia cuando la caída del imperio romano ya que⁽¹³⁾ muy semejante al de las naciones que vinieron del norte; con todo eso, la diversidad de acaecimientos ha producido en los tres tan diversos efectos que siendo cultos todos, elegantes todos, bellos todos, no habrá quien confunda a ninguno de los últimos entre sí o con el nuestro. Y aun por esta razón fundamental, de donde trajo éste su carácter, vemos que cuando faltó el poder de la Monarquía y su grandeza se redujo a mera apariencia, degeneró él asimismo en vana hinchazón y pasó a ser extravagante, obscuro, confuso y ridículo. En medio de todo, como al principio del reinado del Felipe IV logramos algunas ventajas en la guerra, y aquél soberano atrajo a su Palacio a las Musas, particularmente a la dramática, todavía se enriqueció el castellano con buen número de frases, en especial poéticas, de que sin reparo puede preciarse. Mas la decadencia del mismo, bien así como la del Reino, sólo se reparó en verdad en el siglo siguiente, a la sombra de los Reyes de la nueva dinastía, que aplicaron la mano al remedio de los males públicos y al fomento de las letras. Las relaciones íntimas con Francia indujeron a los españoles a estudiar la literatura de nuestros vecinos, a corregir los vicios de la nuestra y a dar al idioma cierta exactitud filosófica que algunos echaban menos en él. Qué tiempo, señores, haya hecho esta última ganancia es debido confesarlo; nótese en un Feijóo, en un Campomanes, en el elocuente Jovellanos; adviértese en Moratín y en un Meléndez sin embargo de que, por ser poetas, estaban al parecer exentos de ella.

No juzgo yo que esta ventaja haya inutilizado o haya atrasado el idioma, porque, introducido el estudio del francés, se haya mancomunado una caterva de traductores ignorantes para inundarnos con obras insípidas en las cuales no menos se ofende el sentido común que la gramática. Porque ni la fortuna que entre nosotros han logrado algunas voces francesas prueba otra cosa más que la flexibilidad de la lengua, ni la dislocación y tras-

¹³ ¿parecía?

torno absoluto de las construcciones ha trascendido a los que la hablan y escriben con pureza ni esas¹⁴) innovaciones han podido superar el dique opuesto a ella por la respetable autoridad de esta Real Academia fundada en aquel crítico instante en que desfigurado el patrio idioma por el gongorismo iba a sufrir los ataques de la moderna turba. Libres han estado del contagio los que han merecido algún renombre, aquellos que examinando con circunspección y llegando a conocer a fondo nuestro romance, no han podido menos de reconocer que los pensamientos, aunque viniesen de autor extranjero, debían salir a la luz con aire nacional. Así como el diestro tañedor no busca en el violín los sonos que excita el viento comprimido, ni en la flauta los que producen las vibraciones de las cuerdas, el escritor hábil considera que es tan imposible hablar un español a la francesa como un francés a la española. Y así, mientras con la traducción de un clásico paga tributo a la ajena literatura, con dar al lenguaje otro carácter satisface al que de justicia pide propia lengua. Son por tanto éstas como moldes ya formados que comunican a las figuras facciones y proporciones incapaces de la menor alteración. Ciertamente supuesto que no se dan ideas sin palabras y frases que la signifiquen, las lenguas, al interpretar aquellas, han de avasallar el pensamiento so pena de aparecer violento y no natural cuanto se diga.

¿Cómo, pues, opondrá tal vez alguno, no es libre la mente para pensar? No necesita el entendimiento humano que le conduzcan para dirigir las ideas por el camino que elija; ¿por qué le ha de esclavizar la lengua y no más bien él a ella? Varía además el talento y el ingenio en los hombres: en éste domina la imaginación, en aquel el discurso, uno es reposado, otro impaciente, quién sublime, quién delicado, algunos aman el número y medida de los períodos, algunos, al contrario, la rapidez de las frases. Cuantos son los autores, tantos los estilos y tanto se modifica en ellos la lengua que casi de uno a otro parece diferente. No lo niego. Desemejantes son y cuanto más lo

sean tanta mayor gracia de la lengua que sabe acomodarse a la índole de cada uno; sin embargo, nunca es la tal diferencia que no participen todos del carácter general del idioma, que no puedan colocarse todos en cierto orden, que no se diferencien todos aún más de los que usan idioma diverso. No me toca ahora examinar y comparar entre sí la estructura de algunos de estos, mas para acabar de disipar cualquier duda, llévese a bien que indique de paso uno que otro punto en general. En lengua donde se multipliquen y choquen las consonantes, no campearán los escritos por la suavidad. Donde abundan las vocales oscuras y sordas, no por la sonoridad; donde no varíe el acento, no por la armonía. Ni es permitido a un escritor dar superlativos, diminutivos, aumentativos a la lengua culta que de ellos carezca, ni a ningún moderno introducir en la suya las declinaciones y conjugaciones de la griega. Si la lengua exige que cada palabra denote solo una idea o más bien que la idea se subdivida en muchas parciales, a esta necesidad habrá de sacrificarse el laconismo; si ama el orden directo, la elegancia; si las abstracciones, la hermosura. Por tanto, el buen escritor, no perdiendo nunca de vista el carácter de su idioma, huirá de deslucirse con el empeño de prestarle lo que no admite y pondrá su gloria con el cuidado de realzar la natural belleza de éste. Y si recordamos que aun en el estado de mayor civilización obra también en los individuos cuando piensan o hablan o escriben un mismo género de causa que en los fundadores del idioma, habremos de confesar que el influjo de las lenguas en sus escritos es más poderoso y trascendental de lo que a primera vista se creería.

¿Y al pasar muestra de los escritores de diversas naciones no echamos de ver que así sucedió? El poeta hebreo descubre el osado vuelo del espíritu elevado por los cielos de los cielos; el griego hace gala de los frutos de su ingenio fecundísimo; el latino manifiesta lo que puede un gusto correcto y delicado; el árabe ostenta la lozanía de su imaginación. Igual diferencia hallaremos en los modernos, Si entre otras, observamos cómo pintan en sus versos la pasión del amor, la veremos en los italianos delicada, en los ingleses profunda, en los franceses tierna, en los españoles vehemente. Si de la poesía nos trasladamos a la prosa, si en ella queremos hojear a los historiadores, repararemos que los antiguos escribían para agra-

¹⁴ Hemos utilizado una copia existente en el AML, y que hemos transcrito con rigurosidad a pesar de la dificultad de la caligrafía de Musso -tachones y añadidos-; desconocemos la redacción final del discurso.

dar, los modernos para enseñar. ¿Y por ventura enseñan todos de un mismo modo? No ciertamente. Los ingleses hablan con sus conciudadanos, los franceses con los demás hombres, los italianos con los ministros, los españoles con los Reyes.

*Pero abuso demasiado de la paciencia y de la bondad de V. E. La Real Academia Española, que desde su creación se ha aplicado con incesante afán a mantener la pureza y el esplendor del patrio idioma, que en su gramática ha enseñado sus reglas, en su diccionario, la obra más perfecta en su línea de la Europa civilizada, apura de continuo los términos y sus significados, en las ediciones del Príncipe de nuestros autores clásicos presenta el mejor modelo del habla castellana, es la verdadera maestra cuyas lecciones deben escuchar dóciles los que deseen contribuir primero en parte al fin que se propone.*¹⁵ *Disimúleme pues, que, obligado en este momento a exponer algunas ideas sobre esta materia, haya parecido poco cuerdo notando ante la misma los puntos de semejanza y desemejanza de los idiomas, deduciendo de las circunstancias políticas de las naciones antiguas el carácter de los suyos, observando que si el nuestro, en su principio dialecto mezquino, restos del latín y del godo, mezclado después con el árabe, estaba en su niñez cuando se escribió el poema del Cid, llegaba a su pubertad en los tiempos de Dⁿ Alonso el Sabio, a su juventud en los inmediatos a los Reyes Católicos, a su virilidad en el siglo XVI, no hizo más que seguir los pasos de la Monarquía, bárbara cuando fundaron los godos, casi aniquilada por los sarracenos, la primera de todas en la época de Carlos V. Disimúleme, repito, que haya inferido de sus cualidades por las vicisitudes de la nación, advirtiendo si estas ventajas que adquirió en medio de su decadencia y posteriormente por el estudio de varones eminentes, tocando en fin el influjo que las lenguas ejercen sobre las obras de los que las cultivan. En cuanto he dicho he procurado apoyarme en la razón y en los hechos, no obstante lo cual, por la cortedad de mi ingenio, habré tal vez incurrido en errores y equivocaciones. Si la Academia, con su acostumbrada indulgencia deshace éstas y corrige aquellos, habrá completado sus*

¹⁵ «... en la índole de cada lengua se echa de ver claramente el carácter de la nación que la habla» (Eximeno, 1978, 198).

favores para conmigo y yo quedaré más empeñado en ofrecerle cada día mayores pruebas de mi gratitud.

Madrid, 28 de julio de 1827"

Desde el punto de vista de la Oratoria, es un discurso tradicional, propiamente académico, que procura cumplir lo preceptuado para este tipo de comunicación. Aunque no deja de ser claro y observa el orden en la exposición, el razonamiento es severo, lógicamente árido por el tema, destacando su dominio del lenguaje que, en ocasiones, es algo rebuscado. Su exordio es simple, utilizando la *captatio benevolentiae* aunque se considera el auditorio como predispuesto y expectante. La narración es prolija y se repite¹⁶ quizá por la argumentación utilizada y la confirmación que intenta convencer de algo que, de antemano, era conocido, pues, aunque sea severo, no muestra ninguna originalidad. Los argumentos mismos son los que hacen progresar el discurso y la confutación queda así deshecha. Con breve peroración concluye el discurso de modo convencional.

Si atendemos a la Historia, quizá lo más relevante sea la afirmación de que los sucesos políticos influyen sobre el lenguaje, pero esto obedece a que Musso enfoca su discurso desde la perspectiva ideológica de la sociedad en que vive.

Desde la Filología, el discurso es la manifestación de la corriente más tradicional de los estudios de la historia de la lengua porque «pretende ofrecer una descripción del proceso evolutivo por el que uno de los tantos dialectos románicos de la Península se fue convirtiendo en una gran lengua nacional» (Eberenz, 1991, 87).

Frente a esta línea más común, había existido otra opción que no parece científica ni veraz. Si atendemos a lo expresado por Puigblanch (1932, 517), «según Bermúdez de Pedraza¹⁷ se hablaba castellano en España dos mil años antes de la fundación de Roma». Según el Licenciado Luis

¹⁶ Reitera las mismas consideraciones y argumentos en varias ocasiones a lo largo del discurso.

¹⁷ *Antigüedades y excelencias de Granada* (1603 y 1638).

de la Cueva(18), «los españoles comunicaron su lengua, llamada hoy castellana, a los latinos». El Licenciado Gregorio López Madera(19) creyó que se hablaba en España «ya antes que la invadiese ninguna nación extranjera».(20) Y el mismo José Luis Munárriz supone que el godo es el origen del español.(21) Todo esto se encuentra dentro del contexto de la célebre falsificación de las tablas plúmbeas del Sacromonte (Granada), desmontada por Nicolás Antonio. Musso Valiente no presta atención a estas opiniones tendenciosas.(22)

Se sitúa, pues, en la línea más científica y aceptada desde Aldrete; se manifiesta seguidor de línea defendida por la Real Academia Española, tomar como modelo la lengua castellana del XVI(23), que, al mismo tiempo, rechaza los neologismos e innovaciones personales. De ahí, el que se reeditase a impulsos de aquella lo mejor del Renacimiento y Barroco; y de ahí, el que se tradujese lo más granado de los autores grecolatinos, al considerar nuestra lengua no dialecto sino evolu-

ción de la latina. Además, si se sigue la *Poética* de Aristóteles, la *imitatio* es básica(24), por lo que imitar a los clásicos es fundamental para bien escribir, siendo mejor escritor el que mejor imita las formas latinas.

Deducimos, pues, que apenas aporta nada a la pléyade de autores, algunos existentes en su biblioteca, que se ocupan de los orígenes de la lengua(25), de los diccionarios(26), de los neologismos(27), de las gramáticas(28), de las retóricas(29), de las etimologías(30), de los sinónimos(31), es decir, los Forner(32), Mayans(33), Sarmiento(34), Iriarte(35), y tantos otros que se

¹⁸ *Diálogos de las cosas notables de Granada y Lengua Española* (Sevilla, 1603).

¹⁹ *Discurso sobre las Láminas, Reliquias y Libros que se han descubierto en la ciudad de Granada este año 1595*.

²⁰ Gregorio López Madera era fiscal de la Chancillería de Granada. «Capitaneaba toda esta hueste López Madera, magistrado asceta, tipo profundamente marcado por el cuño de la época, que así escribía sobre censos y otras materias jurídicas como en defensa de los descubrimientos del Sacromonte, o sobre las excelencias de España o de San Juan Bautista» (Godoy Alcántara, 1981, 163). Más sorprendente resulta saber que Bernardo Alderete (*sic*), por debilidad de carácter «se dejó reclutar para la defensa de los plomos». Las interpretaciones de López Madera, Bermúdez y de la Cueva, están dentro de una de las falsificaciones más grandes de la historia, los cronicones del Sacromonte.

²¹ José Luis Munárriz traduce a Hugo Blair: *Lecciones de Retórica y Bellas Letras*, Madrid, Cruzado, 1798-1801.

²² «Qual aya fido la primera Lengua de España, nadie puede afirmarlo...» (Mayans y Siscar, 1981, 9).

²³ Vid. LÁZARO CARRETER, Fernando (1985). Pero debemos atender a la opinión de Eberenz (1991, 89): «Los movimientos literarios constituyen más bien uno de los numerosos factores sociales que determinan el curso de la evolución lingüística. Sus criterios estéticos se manifiestan de manera palmaria en los textos poéticos y pueden repercutir, de modo secundario, en el estilo del discurso empleado por los círculos más influyentes de la sociedad. Tal parece haber sido el papel de la literatura, por lo menos hasta el Romanticismo».

²⁴ «Durante estos años [finales del XVII y primera mitad del XVIII], tanto pensadores, críticos, como artistas se agrupan alrededor de dos posiciones en cuanto al concepto de imitación, que de esta forma es concebida la práctica artística desde Aristóteles; una defiende la imitación fiel apoyándose en el concepto de verdad; la otra aboga por una especie de idealismo, cuyo significado está sometido a profundas variaciones, que, en definitiva, muestran el devenir de la concepción del arte» (Izquierdo, 1993, XX).

²⁵ José Manuel Larramendi (*Diccionario trilingüe castellano, vascuense y latín*, 1745) reivindica la teoría del vasquismo primitivo. *Observaciones sobre el origen y genio de la lengua castellana* (Antonio Puigblanch, 1828). Pudo conocer *El origen del lenguaje* de Johann G. Herder (1744-1903).

²⁶ *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes, y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana* (Padre Terreros, 1768-1793).

²⁷ *Reflexiones sobre el uso de las palabras nuevas en la lengua castellana* (Jose Reinoso, 1798).

²⁸ Benito Martínez Gómez Gayoso, *Gramática de la lengua castellana, reducida a breves reglas, y fácil método para la instrucción de la juventud*, Madrid, J. de Zúñiga, 1743.

²⁹ *Retórica* (1757).

³⁰ *Etimologías orientales de la lengua española* (José Joaquín Villanueva).

³¹ DENDO Y ÁVILA, Manuel. *Ensayo de los sinónimos*, 1756.

³² *Exequias de la lengua castellana y Oración apologética por la España y su mérito literario*.

³³ *Los orígenes de la lengua española* (1737).

³⁴ SARMIENTO, Martín. *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles dadas a luz por el Monasterio de San Martín de Madrid*, Madrid, Ibarra, 1774; *Escritos filológicos del Padre Sarmiento* (Alborg, 1975, 196).

³⁵ *Diccionario de sinónimos y equivalentes* (1775).

ocuparon de los estudios filológicos en la época «entre siglos» en que vivió Musso (1785-1838).

Musso entiende que entre todas las lenguas existe algo en común y algo que las caracteriza o individualiza. Como no es suficiente examinar lo común, la gramática general, habrá que estudiar lo que particularmente le procura unos rasgos caracteriales. Por lo tanto, se ha de averiguar las causas que producen este fenómeno: su formación, influjo de los escritores, para llegar finalmente a su tesis: la influencia del carácter de las naciones en la formación de las lenguas y de éstas en los que las hablan, las vicisitudes a que por esta causa están expuestos los ciudadanos a los que «imprime un sello». (36) Mas esto se debe a la significación social de los textos literarios. Para los ilustrados, las obras literarias clásicas tenían gran importancia lingüística pero entendemos que no han de ser exclusivamente los únicos textos a tener en cuenta.

Desde nuestro punto de vista, su discurso es única y simplemente la justificación de algo palpable expresado por Elio A. de Nebrija, *siempre la lengua fue compañera del imperio* (37), que, sin dejar de ser verdad, sólo es caldo de cultivo para afirmar ideas imperialistas y nacionalistas iniciadas ya en el Renacimiento. Nebrija viene a decir que la lengua crece y florece con el imperio y con él decae pero también, y más que esto, que la lengua romance tiene la madurez de una lengua clásica. Quizá el padre Mariana lo exprese de modo más eufemístico: el idioma español está constituido por «una avenida de muchas lenguas» y, ciertamente, no de modo pacífico. Claro que en todo este asunto influye poderosamente la ideología: «La conquista de España por Roma y la facilidad con que se apropió su civilización, es uno de los hechos en que más claramente se ve la mano de Dios dirigiendo la Historia». (38)

Sigue, pues, una tendencia que cree en un espíritu nacional ligado al idioma que a su vez lo

está a la historia de la nación como desarrollará el romanticismo. Es una línea nacionalista y por consiguiente tradicional, propia de una actitud conservadora. Posiblemente, en este sentido sí podemos hablar de un carácter romántico de tinte conservador y nacionalista. Es más, Musso defiende aún la dignidad del idioma castellano, continuismo del modo de pensar del siglo XVII cuando estaban abiertos aún los debates sobre el uso literario de la lengua.

Quizá actúe Musso de este modo porque es consciente de la inferioridad de la lengua española con relación a la francesa e italiana a lo largo del XVIII y estime que a la decadencia política en el ochocientos se debe la de la lengua. Pero no hay que olvidar la situación de la universidad española y el pulso que la élite mantiene entre el latín y la lengua castellana y la incultura general.

Resumiendo nuestra opinión, en este discurso Musso no aporta novedad alguna pues sólo analiza dos elementos extralingüísticos: la influencia de los hechos políticos en el lenguaje y la consideración de los autores citados como modelos para el uso de la lengua.

CRITERIOS CRÍTICOS, ESTILÍSTICOS Y GRAMATICALES DE MUSSO.

Cualquier opinión de Musso sobre elementos gramaticales o cuestiones de estilo o crítica literaria nos parece interesante para determinar no sólo su criterio sobre las mismas sino para conocer su formación, progresión y en parte por dónde iban los estudios filológicos de su época.

El 18 de mayo de 1818 Juan Mercader le remite un escrito a Musso que contesta: «Devuelvo a V. la disertación que con su apreciable del 7 ha tenido la bondad de enviarme y le doy las gracias por la confianza con que me ha favorecido suplicándole al mismo tiempo me disimule la tardanza pues mil quehaceres impertinentes me han impedido despacharla hasta ahora.» (39) Le pedía la opinión sobre las voces *prosa y poesía*. Según

³⁶ Algunos lingüistas opinan lo contrario. Vid. Lázaro Carreter, 1980, 236.

³⁷ Vid. Asensio (1960, 399-413).

³⁸ PEMÁN, José María. *La Historia de España contada con sencillez*; citado por Albarrán Gil, Luis (1942, 16).

³⁹ Archivo Municipal de Lorca (en adelante A.M.L.). Casa de Guevara. Secc. V. Documentos de Función. Caja 7.

Musso, la Academia no ha resuelto nada sobre esas voces pero señala dos diferencias: la poesía está sujeta a una medida de la que está libre la prosa por un lado y por otro «la esencia de la poesía no es la ficción». Esto le lleva a entrar en los géneros literarios y hacer ver que no era una cuestión resuelta; entiende que la principal composición en prosa es la oración o el discurso pero que también se han escrito discursos en verso; también la historia es género prosístico pero que la Academia premió alguna vez una narración histórica en verso; sabe que también se han hecho escritos en prosa cuya forma, según los buenos literatos, pertenece a la poesía; si la comedia es un género de poema, hay autores que escriben comedias en prosa. Y concluye: «*Si pues los géneros no constituyen diferencia esencial entre la poesía y la prosa precisamente habremos de buscarla en la medida*».

Pero al tiempo encuentra unas objeciones pues, según Aristóteles, si la Historia de Herodoto se pusiese en verso no por eso sería ya producción menos poética y tampoco «merece el dictado de poeta Empedocles aunque escribió en verso». Recuerda Musso que Horacio «*afirma terminantemente que sólo el artificio del metro no basta para que uno adquiera el renombre de poeta siendo necesario otras prendas*».

Y como conclusión general mantiene que «*el asunto es el que determina el género*», aunque hay que seguir a los maestros del buen gusto: Aristóteles, Cicerón, Horacio y Quintiliano.

El buen gusto, máxima por la que se rigen los estudios literarios en la época de Musso, es la facultad de sentir y apreciar las bellezas o defectos de una obra artística. Conseguirlo implica una educación artística que comprende el estudio del mundo físico y moral, el de los modelos, la teoría del arte y el cultivo de la inteligencia y de la moral.

Si el año 1831 fue fecundo con relación a las traducciones de los clásicos, también lo fue en el aspecto de la crítica literaria. Hemos leído tres escritos suyos(40), en cierto modo teóricos, que nos pueden indicar los preceptos que seguía en su

escritos líricos en este caso. Podemos calificarlos como resumen de todos sus estudios y productos de su experiencia de escritor.

El primero de ellos, *Estudio de los modelos*, lo podemos resumir con la siguiente frase: «*Conviene estudiar de continuo los buenos modelos*», con lo que nos indica el carácter neoclásico de sus escritos, su sumisión a las poéticas clásicas, a la *imitatio* horaciana.

El segundo, *Reglas sobre el estilo y lenguaje poético*(41), nos interesa por cuanto resume una serie de preceptos a los que hay que someterse para efectuar la obra bella:

- 1) La Poesía tomará de la prosa lo más noble y puro y escogido y desechará lo demás.
- 2) Omitirá las frases que expliquen o contengan la razón, el pensamiento, para no parecer filósofo que discurre en lugar de poeta que refiere.
- 3) Dejará las partículas que enlacen artificialmente el período y las que expresen con suma exactitud las relaciones de las ideas.
- 4) Huya de la afectación. De dos frases que le sean permitidas para expresar un pensamiento, escoja la más sencilla.
- 5) Puede usar de voces que no se toleran en la prosa por ser exclusivamente poéticas.
- 6) De algunas anticuadas.
- 7) De inversión hasta cierto punto.
- 8) De un tiempo por otro cuando no daña a la claridad.
- 9) De una partícula por otra con igual condición.
- 10) Cuando dos frases corresponden a una partícula puede mandar la primera de éstas, y trasladarla a la segunda si denota idea principal o la expresa con más energía y cuida ambas expresiones de evitar confusión.
- 11) Puede combinar o casar palabras o frases de otra manera que lo hacen los prosistas.

⁴⁰ Biblioteca Menéndez Pelayo (en adelante B.M.P.). Musso. Papeles 4, 8.

⁴¹ Lorca, 6 de abril de 1831.

El tercero, *Composiciones líricas*(42), vendría a decirnos cómo entiende la poesía y su composición, es decir, en la situación que como poeta se pone para el ejercicio de su escrito poético: «Cierro que para ellas, bien así como para las demás, se necesita ingenio e instrucción, que además de eso es necesario aguardar la inspiración del numen, y conservar en cada poemita el carácter que le corresponde. Con estas circunstancias, el poeta que se sienta inspirado, compondrá bien, y yo no dudo afirmar que si la composición es de asunto sencillo, y no exige mucha extensión, logrará el acierto. ¿Pero, qué reglas guardará si el asunto fuera complicado y la oda hubiere de ser larga? ¿No está expuesto a embrollarle, a alargar demasiado, a omitir algo esencial, a mezclar lo que no tenga conexión con el objeto principal? Ante todo es menester formar el plan. ¿Y cómo lo formará? El poeta considerará bien el fin que se propone y, suponiendo que ya tiene reunidos los materiales necesarios, reducirá la cuestión a una proposición que no sólo deslinde bien el objeto sino que comprenda el blanco a que dirige. De esta manera, como un asunto puede mirarse bajo muchos aspectos, puesto en el debido punto de vista, quedarán ladeados todos los demás modos como pudiera también tratarse. En segunda procurará analizar su proposición, observando las partes que directamente pertenezcan al objeto, y de esta manera, colocándolos en su lugar, fácilmente verá cuando examine su borrador los que debería todavía de escuchar, y en los otros la extensión que deberá dar a cada uno, según la relación mayor o menor que tengan con el principal. Meditando luego sobre ellos, no tardarán éstos en afectarle de diversas maneras: unos excitarán en él admiración, otros alegría, otros indignación, otros temor, otros (ilegible). Cuando se sienta conmovido, debe tomar la pluma y escribir: el movimiento comunicado al principio irá aumentándose, el poeta procederá entonces de lo menos a lo más y así se aumentará el interés, y cuando se debiliten los efectos y cese el entusiasmo dará fin, porque todo lo que de ahí en adelante ponga no servirá sino para deslucir la obra».

Estos son los principios que observa Musso al hacer una crítica literaria:

«ANÁLISIS DE LA CANCIÓN A LAS RUINAS DE ITÁLICA(43)

Lamentar las ruinas de aquella población romana es el objeto de esta canción. El autor comienza sentando la proposición de que el sitio donde estaba o se suponía trasladado había estado ocupado por la ciudad, y pasa a contraponer su estado actual con el antiguo, considerándolo en todas las partes que pueden dar materia a la meditación. Recuerda primero su origen o fundamento, en seguida el circuito en general demarcado por la muralla, entra y llega hasta el centro o uno de los parajes principales, esto es, a una plaza, tiende la vista para ver las ruinas de los edificios, buscando los principales o más señalados, un templo, el gimnasio, las termas, las torres, el anfiteatro. De los edificios pasa a la población misma o a la gente que habitaba en aquel recinto, y la transición es muy natural, pues como el anfiteatro se construyó para que en él se reuniesen a disfrutar de los espectáculos, el poeta muestra su admiración de que ahora esté desierto. Entre los habitantes, merecen particular mención los varones ilustres, Trajano, Adriano, Teodosio, Silio Itálico, y esto le proporciona medio de reunir con la ida de los hombres otra vez la de los edificios, recordando con este motivo la casa donde vivían los césares, los jardines, y hasta las piedras donde se grabaron inscripciones de ellos. Entonces abraza la idea con más generalidad, poniendo la atención en las calles, los materiales, los arcos y las estatuas. El conjunto de los mismos le trae a la mente los de otras ciudades, Troya nombrada en la antigüedad, Roma señora del orbe, Atenas la más sabia de cuantas se han conocido. Enardecida la fantasía se figura presenciar la desolación o devastación de la ciudad, y que toman parte en el sentimiento hasta los númenes y las almas de los primeros habitantes del pueblo. El plan es pues muy acertado, los pensamientos son naturales, proceden con la debida gradación, se enlazan bien unos con otros, y todos contribuyen a realzar el cuadro que forman: nada hay aquí afectado, nada oscuro, nada violento; y demás de eso el poeta desempeña con maestría su asunto con cierto movimiento pausado y majestuoso y al mismo tiempo patético, que penetra el alma. Notemos en particular la ejecución del poema.

⁴² Lorca, 18 de agosto de 1831.

⁴³ BMP. Musso. Papeles 2, 4.

Para desempeñarle escoge estancias de 17 versos, 6 endecasílabos, 3 quebrados y otros 8 endecasílabos, cuya extensión y metro son muy acomodados para el intento. Los tres primeros conciertan respectivamente con los tres seguidos y componen la frente. El séptimo es el eslabón que se enlaza con el último, siguen pareados los otros dos versos cortos, y después de un cuarteto riguroso concluye con cuatro versos pareados. La rima pues no se multiplica demasiado y tiene gran variedad en su colocación y mucha variedad, sin enredarla en el modo como se distribuye. La versificación, fluida, sonora, llena, con cierta sonoridad que pinta a lo grave y pausado de las cláusulas, inspira melancolía.

El estilo no es cortado sino periódico, mas los períodos no adolecen de largos: son graves, majestuosos, armoniosos, y caminan sin esfuerzo, porque las pausas coinciden con las de los versos, sin que fuera de las cadencias finales, o de los cortes en los hemistiquios, se observen otros, exceptuando la primera y la última estancia, donde son oportunos y producen por lo mismo muy buen efecto.

Es de admirar también la variedad en cuanto al modo de expresarse el poeta en esta sencilla composición. Toda ella podríamos decir que se reduce a este solo pensamiento: «Arruinóse Itálica, solo queda un desierto». Mas no sólo se varía este pensamiento y se amplifica magníficamente recorriendo las diversas circunstancias del mismo, sino que aun cuando tiene que repetir la idea, sabe variar la frase, presentándola después de una nueva manera, y con alguna particularidad notable. Veámosla ahora por menor.

La proposición ocupa los tres primeros versos. Al pronunciar la primera palabra, llama el poeta la atención de su amado, y el sentimiento le arranca un suspiro, prosigue diciendo que aquellos campos, aquel collado fueron antes Itálica, pero se alza la idea considerando la soledad, y lo mustio de aquellos con lo famoso de ésta, y aun el primer epíteto está aplicado de un modo original, como si dijéramos a lo oriental.

*Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.*

Nótese la energía que da a la frase también la pausa en soledad.

Si éste fue el sitio de Itálica, natural es decir: Aquí la fundó Escipión. El poeta anuncia sencillamente y apellida vencedora a la colonia para más ensalzarla:

*Aquí de Cipión la vencedora
colonia fue.*

La voz fue, que es un monosílabo, y completa el sentido, puesta al fin denota muy bien no quedar ya ni rastro de la colonia.

El circuito hemos dicho se significa por la muralla. Quedando todavía restos de ella, el poeta muestra que está derribada y que es sólo reliquia de lo que fue. A esta idea acompañan otras: el honor de los que las levantaron y defendieron, por donde merecen el renombre de invencibles, el temor y espanto que infundieron en los enemigos por donde su destrucción no puede menos que causar lástima, como que sólo recuerda memorias tristes o fúnebres. El autor enlaza todo esto con mucha destreza y entre otras cosas dignas de recomendarlo es mucho la novedad con que aplica el temor de los enemigos al honor de los defensores y supone que éste con la muralla vino también al suelo.

*Por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa
muralla y lastimosa
reliquia es solamente.
De su invencible gente
sólo quedan memorias funerales,
donde erraron ya sombras de alto ejemplo.*

Este último verso confieso que no lo entiendo muy bien.

La destrucción de la plaza y del templo está asimismo anunciada con mucha sencillez pero de éste que nos parece ver al poeta indicar con el dedo los sitios que ocupaban:

*Este llano fue plaza, allí fue templo:
de todo apenas quedan las señales.*

Otra forma usa para denotar las ruinas del

gimnasio y de las termas, pues las contempla reducidas a cenizas que se lleva el viento: las termas le ofrecen la idea del regalo que en ellas se disfrutaba, y por lo mismo la desdicha de no poderla ya gozar y de uno y otro hace dos bellos epítetos que aplica discretamente:

*Del gimnasio y las termas regaladas,
leves vuelan cenizas desdichadas.*

La caída de las torres concluye la estancia con mucha majestad. Levantadas ofrecen la imagen por su solidez y altura de su resistencia a los vientos, y su misma mole excita la reflexión de haberlas derribado su propio peso. El último verso por la elección y colocación de las palabras es bellísimo:

*Las torres, que desprecio al aire fueron,
a su gran pesadumbre se rindieron.*

Ya observó Quintana que en original diría sin duda hicieron y no fueron, por el sentido, tal como está escrito, no es muy conforme a lo que quiso decir el autor.

Pasa en la segunda estancia a hablar del anfiteatro, y lo que de él dice lo expresa en un periodo comprendido en los 6 primeros versos. El anfiteatro aún permanece, pero muy destruido, y con señales claras de haberlo sido más bien por manos de hombre que por el tiempo. El autor no se olvida de esta circunstancia, que apunta en un bello epíteto. Considera que se erigió en honor de los dioses, y no puede menos de llamar impiedad la de dedicar a la divinidad edificios estimados para que los hombres se maten. Por lo mismo le ve ahora como afrentado por las hierbas silvestres que cría, y reflexiona que por su estado actual se viene en conocimiento de lo que fue y de lo mucho que ha padecido:

*Este despedazado anfiteatro,
impío honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido a trágico teatro,
¡oh fábula del tiempo!, representa
cuánta fue su grandeza y es su estrago.*

Permítaseme decir sin embargo que la voz teatro, traída, según opinó, por el consonante, no es a

mi ver la más propia en este lugar, y que antes bien un anfiteatro verdadero reducido a un teatro imaginario o figurado, tiene más bien apariencia de un jueguecillo de palabras, y desde luego manifiesta cierto estudio y afectación. Por otra parte un teatro trágico es un teatro donde se representan tragedias, por lo cual querrá significar aquí un sitio donde suceden desgracias violentas; ¿y cuáles son éstas?. Yo creo que el autor tampoco quedó muy satisfecho de esta expresión, pues la corrigió en la inmediata, que sin duda es muy feliz, y que entiendo no debe puntuarse con exclamación.

Acordándose el autor de la reunión de gentes que debía haber en aquel edificio, pasa a hablar de la población, tratando de ella bajo este concepto. El poeta pues repara que la arena está desierta, y pregunta admirado por qué no se oye el bullicio de los concurrentes: reflexiona que se construyó para lucha de fieras, y como éstas no faltan, pregunta de nuevo dónde están los luchadores, y nombra después a los atletas como ejemplo de los demás que salían a hacer otros juegos. Respóndese a sí propio que todo había desaparecido, y cuando contrasta la gritería antigua con el silencio actual añade mayor energía a la expresión dando a ese el apétito de mudo. Todo esto le pone en tal confusión que ya cree oír voces doloridas. Con esta imagen poética finaliza muy bien la segunda estancia, valiéndose de otra frase oriental, y de un verbo que expresa perfectamente la idea:

*¿Cómo en el cerco vago
de la desierta arena
el gran público no suena?
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
luchador? ¿dónde está el atleta fuerte?
Todo desapareció; cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo;
mas aun el tiempo en estos despojos
espectáculos tristes a los ojos;
y miran tan confusos lo presente
que voces de dolor el ama siente.*

El verso Mas aun el tiempo etc. es duro aunque no me parece abiertamente impropio decir que el tiempo da espectáculos tristes en aquellos despojos; como estos espectáculos son también metafóricos, su contraposición con los verdaderos no me parece del mejor gusto, y menos des-

pués del teatro trágico que trae tan poco antes. Aquí hay algún estudio, alguna afectación.

En la tercera estancia habla ya Trajano diciendo sencillamente que nació allí; pero distribuyendo el pensamiento en los 6 primeros versos. Lo designa primero con el epíteto de rayo de la guerra, y no olvidándose del honor que redundaba a España de haber producido tal hijo, recorre los principales títulos con que fue condecorado y termina elegantemente la frase con el nombre del héroe, recordando inmediatamente la extensión de su dominio con otra, en que ya notó Hermosilla que realizaba una de la Escritura, porque debilitó para extender el pensamiento en otros dos versos, aunque, pues, quedó grandioso.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
gran Padre de la Patria, honor de España,
pío, felice, triunfador Trajano;
ante quien muda se postró la tierra
que ve del sol la cuna, y la que baña
el mar también vencido gaditano.

Hubiera yo querido que al Padre de la Patria hubiese quitado el Gran, que nada indica y que está para llenar la medida. Entiendo que hubiera sido mejor sustituir la conjunción y diciendo Y Padre de la Patria. También me ofende un poco el tri - tra de triunfaba Trajano.

A los demás personajes insignes pintó en una frase que alabó con razón Hermosilla.

Aquí de Elio Adriano,
de Teodosio divino,
de Silio peregrino
rodaron de márfil y oro las cunas.

Crece el interés con la mente de que no sólo nacieron sino que también pasaron en Itálica parte de su vida, y el autor no desatiende en sus victorias figuradas por el laurel, ni su fausto ni opulencia, indicados por los jazmines. La imagen es bella. El contraste de las pasadas glorias con la miseria presente le hace volver a hablar de los edificios enlazando la muerte de aquellos varones con la destrucción de los jardines y de la casa, y aquí observa Quintana el ingenio con que por el acertado uso que de ella hizo, ennoblecó la voz baja lagarto, así como arriba la de jaramago.

Reúnelo luego todo en una frase, aplica a lo inanimado la idea de la muerte propia de los seres vivientes y pondera el exterminio diciendo que perecieron hasta las piedras que contenían las inscripciones, en donde la partícula aun esfuerza notablemente el pensamiento. Así da fin a la tercera estancia.

Aquí ya de laurel, ya de jazmines
coronados los vieron los jardines
que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada
¡ay! yace de lagartos vil morada.
Casas, jardines, Césares murieron
y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Si todo esto no basta para excitar el llanto del amado, le exhorta a que ponga la vista a las ruinas todas de la ciudad: y al hablar de las estatuas las reputa derribadas por la venganza divina, como erigidas por la soberbia de los que con ellas quisieron perpetuar su memoria, y a pesar de esto no han podido estorbar que sus nombres queden sepultados en el olvido. En lugar de esta voz dice el poeta alto silencio mejorando la frase por la novedad y la aplicación del adjetivo usado por profundo.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta
la vista en luengas calles destruidas,
mira mármoles y arcos destrozados,
mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
y ya en alto silencio sepultados
sus dueños celebrados.

Compara a Itálica con Troya en una frase sencilla, donde no obstante debe notarse el verbo figurar usado como activo:

Así a Troya figuro,
así a su antiguo muro.

Y después con Roma y Atenas a quienes apostrofa dándoles oportunos epítetos, reflexionando con exactitud que de la primera apenas queda el nombre, extendiéndose un poco más en la otra, y juntándolas después con breve y muy elegante distribución, que termina la estancia, si cabe con más acierto que las anteriores.

y a ti, oh Roma, a quien queda el nombre
[apenas,]
¡oh patria de los dioses y los reyes!
Y a ti, a quien no valieron justas leyes,
fábrica de Minerva, sabia Atenas,
emulación ayer de las edades,
hoy cenizas, hoy vastas soledades:
que no os respetó el hado, no la muerte,
¡ay! ni por sabia a ti, ni a ti por fuerte.

Pero con el respeto debido a Rioja no puedo menos de decir que al leer ¿mas para qué buscar nuevo argumento? Basta el presente ejemplo, se me figura que ya no habla el poeta, sino un catedrático que explica una lección. Hubiera yo querido que no saliesen aquí ni el argumento ni el ejemplo.

Mas si ésta pudo ser una cabezada de aquel grande hombre, pronto se despertó para subir más alto que antes. Su fantasía se acalora, y ya cree ver el humo y la llama que incendia la ciudad, y oír las voces roncas que anuncian la desolación de la misma.

Que aún se ve el humo aquí, aún se ve la
[llama,]
Aún se oyen voces hoy, hoy ronco acento.

Ha llegado entonces el poeta al punto en que todo cobra nuevo ser a sus ojos. Un desierto de tan grandes recuerdos, la noche que con su silencio y oscuridad da margen a que la imaginación forje apariencias y fantasmas, el vulgo siempre propenso a ellas: todo esto se agolpa a la mente del poeta, que refiriéndose al testimonio de la vecina gente expresa que el dolor de haberse perdido Itálica le anuncian voces llorosas repetidas en diversos lugares por el eco. Hermosilla observa asimismo el uso del verbo reclamar por volver a clamar o repetir.

Tal genio o religión fuerza la mente
de la vecina gente,
que refiere admirada
que en la noche callada
una voz triste se oye que llorando
«Cayó Itálica» dice, y lastimosa
Eco reclama «Itálica» en la hojosa
selva que se le oprime resonando
«Itálica».

El autor acaba esta hermosísima canción con un epifonema, en que habiendo ya indicado que los vecinos de aquellos parajes contaban esto, inculca lo grande y doloroso de tales ruinas con la reflexión de que aun la plebe, que nada conoce, ni entiende, ni siente, se conmovía de verlas.

¡Tanto aún la plebe a sentimiento inclina!

Como los buenos críticos desapruaban la última estancia, que es un verdadero pegote, añadido quizá por otro sin necesidad alguna, nada diremos de ella. Aquí termina el pensamiento, y con él la canción, y no pudiera tener mejor remate.

La dicción en toda ella es escogida, pura, natural, castiza, y del más exquisito gusto.

Lorca, 12 de agosto de 1831".

Hacia el final de su vida se muestra más reacio a la crítica:

«Habiéndome manifestado tanto la experiencia que las críticas lejos de producir efecto, se toman en mal sentido o se atribuyen a malignidad y promueven disputas y aun discordias, hece mucho tiempo que he adoptado la firme resolución de no dar mi voto (que a la verdad es de poco peso) en obras de autores vivos. Dejemos que los juzgue la posteridad, que es a quien le toca; y entre tanto de aquellos con quienes por haber ya muerto cesa todo inconveniente y cuyas obras son ya patrimonio del público, pregúnteme lo que V. quiera».

Así se expresaba Musso el 17 de septiembre de 1831.(44)

Posiblemente lo último que escribió Musso fueran las Adiciones al Breve tratado de métrica española de autor anónimo. Entendemos que se trata de un tratado para escolares, posiblemente de los colegios escolapios. Se conservan completas.(45) El plan de la obra era el siguiente:

Capítulo I. Adventencia.

⁴⁴ AML. Casa de Guevara. Secc. V. Documentos de Función. Caja 7.

⁴⁵ AML. Casa de Guevara. Secc. VI. Originales. Caja 5.

Capítulo II. *De los versos de catorce, trece, nueve y diez sílabas.*

Capítulo III. *Del verso latino imitado en español.*

Capítulo IV. *De las sestinas.*

Capítulo V. *De los versos encadenados y de las canciones.*

Capítulo VI. *De los madrigales y ovillejos.*

Capítulo VII. *De la media rima, anacreonticas y cantilenas.*

Capítulo VIII. *De los versos de cinco y cuatro sílabas.*

Las adiciones más interesantes son las de los capítulos I y III.

Comienza así:

«El lenguaje poético es muy distinto del prosaico, pues éste habla al entendimiento y aquel al corazón, y aunque algunas veces en la prosa se habla también al corazón, con todo no puede servirse de la locución que usa la poesía, pues ésta (como dice Plinio) tiene un lenguaje que se aparta mucho del natural, y que es propio para hablar entre los dioses».

terminando de un modo informal:

«No hablamos de los acrósticos, equívocos, y otras tonterías que han introducido los corruptores de nuestra Poesía, pues estas puerilidades deben ser miradas con desprecio, y risa, por todo aquel que aspire a ver coronadas sus sienas del verdadero laurel de Apolo en la difícil senda del Parnaso».

Más interesantes son las *Observaciones sobre los tres folletos de Dⁿ Sinibaldo de Mas y Sanz*(46) acerca de la prosodia castellana realizadas en 1831. El primero se titula *Sistema musical de la lengua castellana por el autor del Aristodemo* y que constituía un análisis de los fundamentos de la prosodia.

El segundo es *Memoria que D. Sinibaldo de Mas y Sanz presenta a la R. A. E. sobre la facilidad de apropiar al idioma castellano toda la versificación de los antiguos poetas griegos y latinos*. Efectúa este trabajo en Casas de D. Gonzalo, 1832, y su conclusión es la siguiente:

«Resulta de todo que el intento del autor es, si no me engaño, probar que podemos acomodar la versificación latina y griega a nuestra lengua, porque distinguimos en ella la cantidad de las sílabas y que acerca de la cantidad se pueden dar reglas generales. Mi opinión acerca del escrito es que en castellano alargamos sensiblemente unas sílabas más que otras y que por tanto en rigor aquellas son largas y estas breves: que los versos de los poetas griegos y latinos, o a lo menos algunas especies suenan bien a mi oído, y que de esta circunstancia se podría deducir reglas acomodadas a nuestra pronunciación para hacer versos castellanos que sonasen asimismo bien; pero que para deducir estas reglas debemos prescindir de las que se dan en las prosodias de las lenguas antiguas, y buscarlas más bien en la analogía con nuestros metros, y sobre todo en el oído, y cuando más en la teoría de la música moderna; que al fin ha de ser en toda combinación de sonidos el fundamento de la armonía y melodía. El esfuerzo del autor es muy loable: su trabajo no le considero perdido, antes bien le creo muy útil, porque siempre conduce a nuevas observaciones e investigaciones; y si aplicando también a un tiempo nuestro conatos, llegamos a perfeccionar nuestra versificación y nuestra prosodia, haremos sin duda un gran servicio a nuestro idioma y a nuestra poesía».

El tercer folleto era un poema: *Al feliz alumbramiento de la Reina Nuestra Señora Doña María Cristina de Borbón* (q. D. q.). ODA: «Confieso - dice Musso con cierta dosis de humor- que en general esta oda me suena a prosa más que a verso. Yo quisiera que mi oído fuese mas delicado; pero no tengo la culpa de que sea tan torpe».

José Luis Molina Martínez

⁴⁶ Sinibaldo de Mas y Sanz (Barcelona, 1809-Madrid, 1868), autor en 1830 de una tragedia titulada *Aristodemo*.

BIBLIOGRAFÍA

ALARCOS LLORACH, Emilio, «Estertores latinos y vagidos romances» en *Boletín de la Real Academia Española*, tomo LXXV.-Cuaderno CCLXVI. Septiembre-Diciembre de 1995, Madrid, R.A.E.

ALBARRÁN GIL, Luis, 1942, *Breve historia de la lengua española*, Santander, Sal Terrae.

ALBORG, Juan Luis, 1975, *Historia de la literatura española III. Siglo XVIII*, Madrid, Gredos.

ASENSIO, Eugenio, 1960, «La lengua compañera del Imperio (a). Historia de una idea de Nebrija en España y Portugal» en *Revista de Filología Española*, XLIII.

EBERENZ, Rolf, 1991, «Castellano antiguo y español moderno. Reflexiones sobre la periodización en la Historia de la Lengua» en *Revista de filología española*, tomo LXXI - 1991 - Fascículos 1º - 2º. Madrid, CSIC.

EXIMENO, Antonio, 1978, *Del origen y reglas de la música*, Madrid, Editora Nacional.

GODOY ALCANTARA, José, 1981, *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid, Tres Catorce Diecisiete.

IZQUIERDO, Agustín, 1993, «Prólogo» en Arteaga, Esteban de, *Investigaciones sobre la belleza ideal*, Madrid, Comunidad de Madrid.

LÁZARO CARRETER, Fernando, 1980, *Estudios de lingüística*, Barcelona, Crítica.

- 1985, *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, Barcelona, Crítica.

MAYANS Y SISCAR, Gregorio, 1981, *Orígenes de la lengua española*, Madrid, Atlas.

PUIGBLANCH, Antonio, 1832, *Opúsculos gramático-satíricos del Dr. D. Antonio Puigblanch contra el Dr. D. Joaquín Villanueva escritos en defensa propia, en los que también se tratan materias de interés común*, Londres. En la imprenta de Guillermo Guthrie.

SAAVEDRA FAJARDO, Diego de, 1967, *República literaria*, Salamanca, Anaya.